

Javier Vásconez

ORFILA

ORFILA

ORFILA

© del texto: Javier Vásconez, 2025

© de la ilustración: Fernando Esteban Yukich Cazar, 2025

© de esta edición: Universidad del Azuay, Casa Editora, 2025

ISBN: 978-9942-670-95-6

e-ISBN: 978-9942-670-95-3

Diseño y diagramación: Andersson X. Sanmartín

Impresión: PrintLab / Universidad del Azuay
en Cuenca del Ecuador 2025

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio, sin la autorización expresa del titular de los derechos.

Consejo editorial / Universidad del Azuay

Francisco Salgado Arteaga
Rector

Genoveva Malo Toral
Vicerrectora Académica

Raffaella Ansaloni
Vicerrectora de Investigaciones

Toa Tripaldi
Directora de la Casa Editora

Javier Vásconez

ORFILA



UNIVERSIDAD
DEL AZUAY

Casa 
Editora

*A Gonzalo Fernández Villanueva,
en el hipódromo de las Américas.*

...porque, a fin de cuentas, el que
tiene que correr es el caballo...

*FERNANDO SAVATER,
El juego de los caballos*



1



Guillermo Orfila se había refugiado en el Hotel Crystal al tiempo que se preguntaba qué hacía en esa ciudad en medio de la nada. Una noche se despertó tembloroso. Sintió frío bajo las mantas y escuchó desde la cama el ruido imparable de la lluvia, golpeando contra las ramas del árbol enfrente del hotel. A su alrededor, sin abrir los ojos, percibió la oscuridad del amanecer en el dormitorio. Tal vez fue cuando oyó la voz del sueño, el galope palpitante de los caballos golpeando su corazón, con la luz apenas visible filtrándose como un enjambre de abejas hasta su conciencia. Había forzado la vista intentando tocar el borde de la ventana, visitada por unas palomas durante la mayor parte del día. Se levantó apoyándose en la

pared para ir al baño, en tanto buscaba a oscuras el grifo para tomar agua. De repente sintió el pecho comprimido por la soledad, aplastándolo como si fuera el aire que respiraba. Afuera, el ascensor subió hasta el tercer piso, escuchó pisadas y luego un silencio absoluto en el pasillo.

Al despertar cada mañana sentía el sabor amargo del whisky o de la ginebra, según lo que hubiera bebido la noche anterior. Tenía el alcohol pegado a la lengua en tanto soportaba un fuerte zumbido en los oídos, quizás un rezago del sueño o una pesadilla multiplicándose en su imaginación. O quizás era el recuerdo de tantos hipódromos cubiertos de barro y maleza como si fuese un cementerio de tumbas descuidadas.

El Hotel Crystal se encontraba detrás de una avenida muy concurrida. En la fachada había un gigantesco letrero que decía “Hotel” agarrado a la terraza con alambres a dos barras de metal. A la habitación llegaba el ruido del tráfico. Un temblor persistente sacudía el techo de zinc en el vestíbulo, y eso le provocaba un estado de alerta nervioso. Después de levantarse, Orfila se aproximó a la ventana. Ahí estaba la mujer que vendía cigarrillos, sentada en el borde de la acera con un abrigo negro. Fue al baño y se miró en el espejo. Al ver una arruga profunda entre los ojos pensó con preocupación que estaba envejeciendo. Su rostro tenía mal color y estaba desmejorado, tampoco era el mismo de antes, el del hombre cuya mano había firmado los artículos publicados con grandes titulares en los periódicos.

Aún recordaba cuando escribió su primera crónica, tenía veintidós años y muchas carreras por ganar. En medio del alboroto del hipódromo, fumaba tomando una ginebra en la cafetería, observando la actividad de los entrenadores y los apostadores, los cuales esperaban alguna primicia o el soplo preciso que les permitiera llenar sus bolsillos de dinero para terminar la semana con dignidad. Otras veces, se acordaba de las tediosas conversaciones con los periodistas, después de dar una vuelta por las cuadras donde los caballos cabeceaban en la penumbra con un fondo de ternura en los ojos.

En una ocasión, comiendo un asado en casa de un entrenador, una mujer le preguntó a un jockey qué tenía de especial el turf para enloquecer a la gente. El jinete la miró con aire de insolencia: “Cuando se oye el estallido del disparo y al fin arrancan los caballos... ¡es el instante decisivo!”, dijo. “Y cuando se escucha a tu lado el clamor de los cascos en la pista nunca más te quieres bajar del caballo, porque si te encaminas en línea recta a la meta... ¡Y es el momento del éxtasis! Correr es aislarse de todo, porque únicamente vemos con los ojos del caballo”.

2



En el espejo del baño, Orfila volvió a mirarse los ojos y se apretó los músculos flojos de las mejillas hasta fingir una sonrisa esquinada, sin convicción. Ahora no pensaba en nada, y entonces tuvo la misma sensación de desagrado, de crueldad contra sí mismo experimentada hacía muchos años al ver a un caballo que yacía tirado sobre la pista, tras haberse roto las patas en una carrera en Palermo. Los peones lo habían arrastrado hasta un depósito donde se guardaba los alimentos, y lo dejaron abandonado junto a un saco de avena. A Orfila le había costado imponerse al impacto, después de presenciar aquella aparatosa caída, pero acabó por armarse de valor. La detonación estalló como un relámpago en su cabeza y le quitó por

unos segundos la respiración. Y cuando miró a su alrededor en busca del peón que lo había acompañado, cayó en cuenta que estaba solo. Un enjambre de moscas giraba enloquecidas sobre los ojos hundidos del caballo.

El secreto de haber tenido que matar un caballo que probablemente estaba a punto de ganar la carrera, le acosaría toda la vida, y durante las noches de insomnio se ahogaba en alcohol, al ver el brillo de sus ojos antes del disparo.

Ahora debía salir porque el día anterior se había encontrado con una mujer en una cafetería. Orfila se acercó al mostrador para pagar cuando reparó en los ojos negros de la mujer. El local estaba lleno de gente. Los destellos de una lámpara de neón iluminaban el maquillaje en el rostro de la cajera. Orfila tuvo que esperar un rato porque la mujer se había colado en la fila con una sonrisa insolente. Ni siquiera se molestó en pedir disculpas. Sencillamente se puso delante de él.

Buscó asiento en una mesa apartada, cerca de la ventana, por la cual vio una larga fila de autobuses avanzando con lentitud bajo la lluvia, con los faros encendidos. Al quitarle la envoltura al sánduche, alzó la vista y notó que casi todos los hombres eran bajos de estatura, perfectos para ser jockeys. De inmediato tuvo la visión de una ciudad desplegada en tramos desiguales, levantada al pie de un volcán. Más allá de las nubes se alzaba esa ciudad que él habría de recorrer a pie, avanzando por calles angostas y trepando por

escaleras infinitas. Por las noches llegaba exhausto al hotel y se quitaba los zapatos. Le gustaba acostarse temprano, pero no conseguía dormir. Cerraba los ojos, tratando de quitarse la banda negra de su mente, mientras se revolvía acalorado en la cama. Entonces se ponía a leer periódicos atrasados y novelas de Simenon, jugando con la pistola Springfield 9mm de la policía mexicana que un entrenador le dio a cambio de una deuda en el hipódromo Caliente de Tijuana. Otros afirmaban que perteneció a Damián Artigas, un torturado jockey uruguayo que se había pegado un tiro después de perder en el hipódromo de La Plata. Ahora estaba tan agitado que, sin darse cuenta, guardó la pistola envuelta cuidadosamente en un paño de franela en la mesa de noche.

Volvió al local donde la mujer se había colado con insolencia. Sentada a su izquierda, Orfila la vio con las pulseras y los anillos en los dedos, y unas amplias gafas de sol colgadas con una cadena al cuello. Fue cuando hablaron por primera vez. La mujer se llamaba Amelia. Había algo irresistible en ella, porque exhibía un rostro animado. Su boca sonreía y asentía a cada momento. Orfila observaba el cuadro de un frondoso roble colgado en la pared. Por el local circulaban algunos burócratas vestidos con corbata y trajes oscuros, también había mujeres y niños gritones. Entre el chirrido de sillas y risotadas procedentes de una mesa ocupada por un grupo de adolescentes, le llamó la atención el tono de voz de Amelia, mientras le señalaba con un mo-

vimiento nervioso de su mano derecha una mancha de mostaza en la camisa.

Dos horas después atravesaron la ciudad a oscuras porque ya era de noche. Durante el trayecto le dio su nombre y le contó que era periodista, nacido en un pueblo diminuto de la provincia de Buenos Aires. Entre besos y caricias, subieron por la angosta escalera hasta la habitación del hotel. Al principio a ella le costó mostrarse de forma natural y desenvuelta, pues ya no era esbelta. Después de los cuarenta se le habían ensanchado considerablemente las caderas. Tenía la piel cetrina, los ojos despedían un fulgor cristalino, los senos eran tan pálidos y perfectos que irradiaban una luz propia. Orfila no podía dejar de contemplarlos. Sus ojeras formaban dos acentuados círculos y daban la impresión de haber sido pintadas. Tuvo un arrebató nervioso cuando el rostro de Amelia recuperó un aire pudoroso, irresistible y su mano rozó como por casualidad los dedos de Orfila, que intentó decir algo. Desde esa noche él renació con la agonía de sus murmullos.

Día tras día, Amelia empezó a frecuentar el hotel, apenas cruzaba la puerta se despojaba de la ropa. Su sensualidad se volvía doblemente atractiva cuando se desnudaba mostrando unas nalgas pronunciadas y extendía las piernas sobre la colcha barata del hotel. Era algo que solía suceder sin previo aviso, como una tormenta. En esas ocasiones, Orfila dudaba de sí mismo, pues se trasladaba a un mundo desconocido. Un mundo de otras dimensiones en el cual el amor era

más intenso que cualquier carrera del hipódromo. De aquellos primeros encuentros sólo le quedaba el sentido del vértigo, porque las relaciones entre Amelia y él eran tan cambiantes como la aguja enloquecida de una brújula. De esas tardes, también recordaba el paso del tiempo, con la luz sesgada amenazada por la lluvia. A veces Orfila pedía comida china a un restaurante de la esquina. Por lo general cenaban temprano y en silencio. Los ojos negros de Amelia podían ser hermosos. Pero a esa hora ella no siempre estaba de buen humor.

Durante unas semanas Amelia fue parte de sus delirios, porque Orfila suponía que había sido inventada para él. Casi le daba miedo contemplar su rostro en ese momento. A últimas horas de la tarde, sin poner atención a la televisión del hotel que permanecía encendida, Orfila destapaba una botella de whisky y empezaba a beber, mientras revisaba una por una las balas en la cartuchera de la pistola. En esos momentos parecía estar separado de Amelia por la soledad del alcohol, y entonces volvía de nuevo a Buenos Aires, a la vida con su esposa. Hablaba de amistad y traición. Recordaba especialmente una historia, de cuando el director del periódico le informó que su mejor amigo había tomado algunas de sus crónicas para publicarlas en una revista hípica de Rosario. ¿Cómo despojarse de la infamia y la traición cuando se los ha tenido tan cerca?

Al comienzo incluso quiso perdonarlo, le contó a Amelia mientras ella se pintaba las uñas de los pies en la cama. Quizá fue un instante de debilidad o sen-

timentalismo lo que experimentó por Mario Escandón, un colega con quien había trabajado muchos años, pero todo pareció indicar que él no sentía lo mismo. A lo mejor había empezado a odiarlo mucho antes de que estallara el escándalo en el periódico. Tras haber intentado sin ningún éxito recuperar la amistad con el amigo, desistió porque su actitud fue tan arrogante que le agrió el carácter por muchos años. Para Orfila lo importante fue descubrir que el veneno de la traición latía al mismo ritmo que el corazón de ese hombre, tan sólo revelaba que era una compulsión como las apuestas o el sexo. En el periódico nadie demostró ningún interés por aquel asunto y además el amigo nunca se disculpó.

Al alba se deleitó con la luz de la ciudad que era espléndida. Orfila se hallaba frente a la ventana del hotel desde la cual contemplaba el viento agitando con fuerza las ramas del cholán, hasta que oyó la voz apacible de Amelia. Fue asombroso lo que le dijo: “Estoy harta de lavar calzoncillos sucios y de llevar la contabilidad en el negocio de mi marido. No quiero ver sus ojos esquivos ni esa mueca de desprecio cuando come lo que cocino”.

A Orfila le daba mala espina oír esas cosas, y le disgustaba hablar del precio de las lámparas y de los candelabros, de las vajillas inglesas de calidad que el marido vendía en el anticuario, de gobelinos o muebles traídos ilegalmente de Moscú, en fin, de todas aquellas antigüedades. A veces le resultaba irritante pasar

toda la tarde con Amelia. En su carácter había infinidad de recovecos, de simulaciones y silencios. Arqueaba la boca con un gesto desdeñoso cuando ella se refería en voz baja al marido, ya que no era en absoluto como se lo había imaginado. No, no era el mismo hombre que cuando de recién casados me llevaba a comer en el Chantilly, le contaba a Orfila. Mientras fumaba en la cama hablaba del marido como si fuera un desconocido, y como si quisiera matarlo. Otras veces, parecía que le infundía un miedo atroz.

—Es probable que odie a mucha gente —confesó extendiendo aún más las piernas sobre la cama—. Yo tengo la sensación de que me odió desde el día que nos casamos.

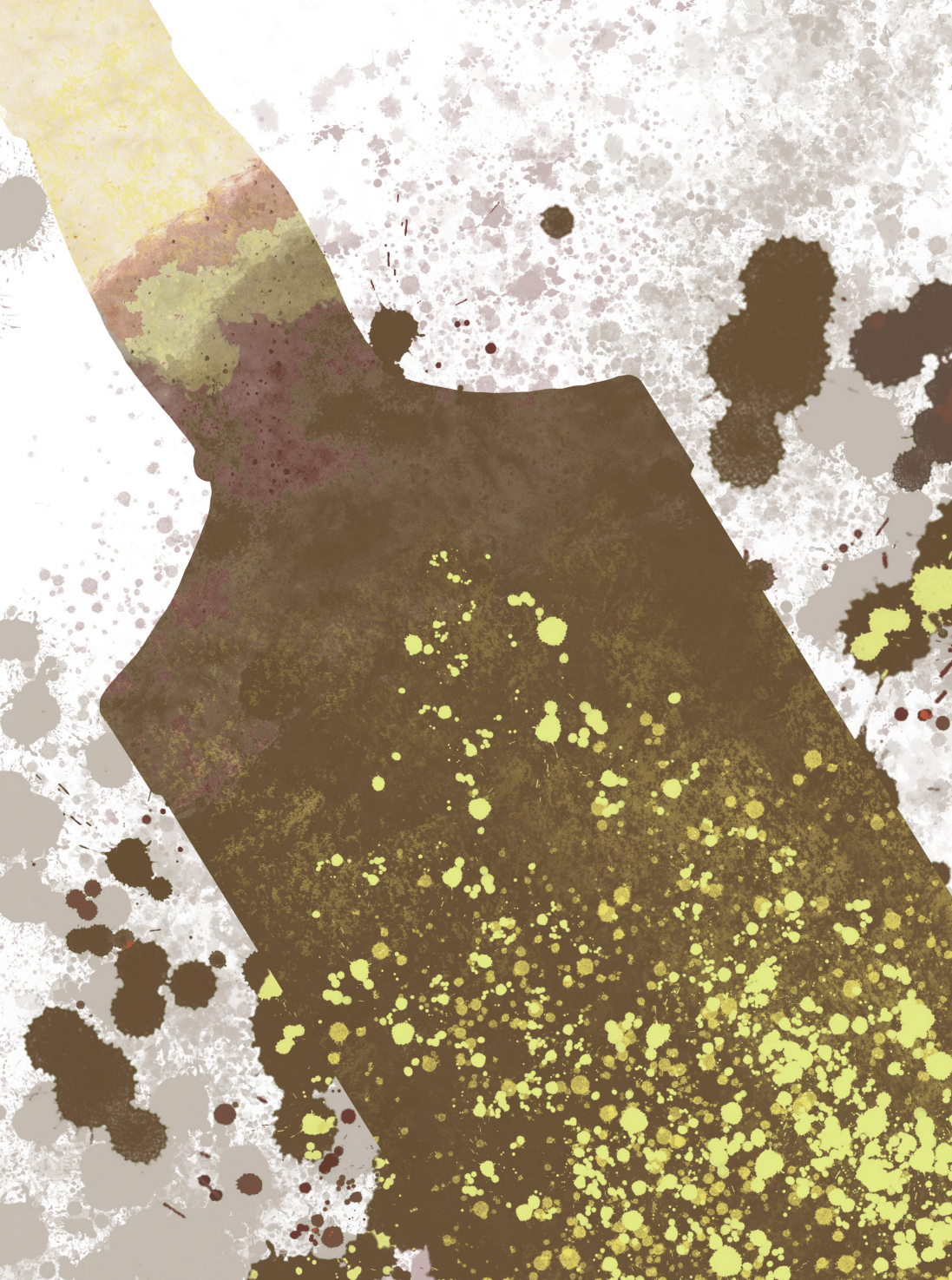
—Debe de ser difícil —comentó Orfila.

—Ni te imaginas.

—No sé qué decirte, che. Es demasiado para mí.

—¿Alguna vez has odiado a alguien?

—Amelia, ivos hacés cada pregunta...! Ya no me acuerdo —mintió—. Alguna vez llegué a creer que los amigos existen sólo para traicionarlos. Eso tal vez sea el odio, ¿no?



3



A sí pasaron varias semanas. Tras iniciar su relación con ella tuvo la sensación de haberse sumergido en un auténtico agujero negro, porque en la intimidad y la penumbra de la alcoba los dos permanecían doblegados ante los juegos del amor: los ojos brillantes de Amelia parecían asediados por una especie de ansiedad. A ratos temía entrar en trance, cuando su cuerpo desnudo se alzaba provocador y con los ojos abiertos por encima del suyo.

Luego se adueñaba de ellos una sensación de desva-
limiento, como si a esa hora de la tarde sólo pudieran
estar en silencio juntos. Orfila la miraba a los ojos, de
frente, con un sereno regocijo.

—¿Un vino?—preguntó ella, llenándole la copa—. Es bueno, a veces incluso excepcional. ¿Te gusta?

—Al tomarlo uno se da cuenta de ciertas cosas.

—¿Qué cosas?

—Tal vez sea porque vos estás conmigo —concluyó Orfila.

En la calle no había un alma. La ciudad se había tornado lúgubre. Ningún perro ladraba en medio de la noche. Otra vez volvieron a las caricias. Nada que interrumpiera el movimiento cadencioso de sus pechos, meciéndose sobre la cara de Orfila mientras que sus manos se deslizaban con suavidad por la espalda húmeda de Amelia. La oyó forcejear agitando briosamente los hombros y hundiendo el rostro en la almohada. La sintió moverse con sensual lentitud, como si deseara escapar de sí misma mientras gritaba: “Quítame a ese tipo de encima, sácame el odio del cuerpo”. Se quedaron inmóviles un buen rato. Ella siguió hablando con rabia, lo que a él le provocó una oleada de lástima.

En el suelo, a los pies de la cama, descansaba el sostén blanco de Amelia, junto a una revista donde aparecía la foto de un jinete con el rostro cubierto de barro. En el cajón de la mesa de noche estaba la pistola y los fósforos que ella había tomado con un gesto huidizo de la mano. Con la otra buscaba los cigarrillos debajo de la almohada.

—Me voy —dijo Amelia, levantándose.

—Dejá de joder. Quedate, por favor —le pidió—.

¿Adónde vas? Nunca te vi tan apurada.

—Me gustaría hacer un montón de cosas, si pudiera. ¿Pero no te has dado cuenta de que soy una mujer casada? —replicó con aire sombrío.

—En serio vos tenés que olvidarte del monstruo—refunfuñó Orfila. Sus palabras resonaron como si no estuviesen dirigidas a ella, sino al marido.

—Supongo que me está esperando. Siempre me espera. Los monstruos no descansan —dijo Amelia con el vestido de seda negro en la mano—. De ellos nadie puede reírse.



4



Un grupo de jockeys se dispersó atropelladamente con aire triunfador por los vestidores del hipódromo. Todos anhelaban lo mismo, pues todos querían aparecer en la portada de una revista.

Ahora Orfila se hallaba sentado en primera fila. En el momento en que se abrieron los cajones, los caballos salieron disparados corriendo con tal violencia, pero sin que se desintegrara la unidad del pelotón. Los jockeys llevaban chaquetas de colores fuertes con el número pegado a la espalda. A la distancia parecían ángeles lanzados a un abismo, inalcanzables, galopando durante esa última carrera de la tarde en el hipódromo de Longchamp. A Orfila le oprimía la carga de respon-

sabilidades que pesaban sobre sus hombros, necesitaba tomarse con calma, relajarse y enviar cuanto antes la crónica de esa carrera a Buenos Aires. Había enfocado con precisión los prismáticos, respirando un fuerte olor a cerveza a la vez que observaba la expresión febril y vanidosa en el rostro exaltado de Bill Shoemaker, cuyo caballo había llegado triunfador a la meta. ¿Cómo descubrir el punto ciego de una carrera? ¿Y cómo condensar con palabras la tensión de un jockey durante la carrera? Bill tenía un estilo único e inconfundible, que se diferenciaba de todo lo que Orfila había visto antes. “Es probable que correr sobre un caballo no sea un oficio—había escrito Orfila esa mañana— sino el arte de dominar los nervios y el impulso de un animal.”

Orfila no sólo disfrutaba con el espectáculo de la competencia y de las carreras, sino que había aprendido el precio del esfuerzo y de la fama, de la envidia, de la codicia y la vanidad como componentes de la vida humana, de todo lo que formaba parte del mundo del turf, porque cada carrera era un espectáculo y una historia contada con fluidez en sus libretas de tapa negra, aunque con los años se dio cuenta de que a lo que más podía aspirar era a transmitir con exactitud el desenfreno de los caballos en todo lo que escribía.

5



Durante las tardes pasadas en soledad en el hotel, Orfila se preguntaba una y otra vez, ¿qué hacía Amelia con el marido? Ella mirándolo a través del pelo que le caía sobre la cara, y el cuerpo oscilando impetuoso hacia delante y hacia atrás, reflejado en la luna del espejo, como si estuviera remando. De cerca ella representaba la intimidante sordidez del amor, pero no era fácil controlarla cuando venía trayendo varias botellas de vino en la cartera. Orfila acariciaba los moretones que el marido le hacía en la espalda, como si quisiera borrarlos. Con eso le bastaba para estar cada día más cerca de su ruindad, aunque la mente de Orfila no estaba preparada para tanto horror.

Poco a poco, en su imaginación, había visto la figura del hombre desplazándose por una galería acristalada. Tan seguros eran sus pasos cuando iba junto a Amelia que pasó por delante de unos espejos arrimados contra la pared, caminando con sus botas de cuero negro hasta las rodillas, y las grandes gafas oscuras que le ocultaban parte de la cara. ¿Dónde empezaba la historia de Amelia? ¿Quién era esa mujer que rezumaba tanto odio? Habría que saber por qué el odio provocaba tales delirios. Ella hablando con voz entrecortada, recitando una interminable lista de agravios, pero a Orfila ya no le importunaba escucharla con tal de tener una botella de whisky al alcance de su mano.

Una noche ella le preguntó:

—¿Qué es lo que más temes?

Por la ventana, con las cortinas bajadas, llegaba el sonido interminable de la lluvia.

—No poder controlar ciertos temores. A veces oigo muy cerca el galope de los caballos o un disparo en medio de la noche.

—¿Por eso andas con una pistola?

—Un amigo me la regaló —repuso Orfila en tono de confianza—. Siempre la llevo conmigo.

—¿Y la usaste alguna vez?

—Fue en Palermo—dijo bajando la voz con naturalidad—. Che, tuve que matar a un caballo.

—Pero tú realmente no eres así—dijo Amelia.

—¿No soy qué?

Ella lo miró a los ojos sin saber qué más decir.

—Nunca se sabe—le advirtió Orfila—. Y vos, ¿qué es lo que más temés?

—Caer en la desesperación —repuso ella.

Tras haber vivido con el mismo hombre por más de quince años, Amelia finalmente comprendió lo que le esperaba. Orfila había colocado el vaso sobre la mesa para llenarlo. Para él era doloroso oírlo cada vez que venía. Tal vez el miedo formaba parte de su vida. Nada podía contra eso. La vileza del marido era notoria y afloraba en cada palabra pronunciada por Amelia, en sus gestos controlados y cautelosos.

—¿Por qué tomas tanto? —dijo ella con aire inquisitivo.

—¡Che, Amelia, dejame en paz! Más bien saludá con alegría a la hermana botella—se excusó, llevándose el vaso a los labios.

—Bueno, seguro que es una locura. Pero si así te sientes mejor —comentó ella, sonriendo.

—No, lo más probable es que no.

—Bien, estupendo —dijo ella.

A esa hora parecían estar muy cerca de alcanzar una posible felicidad, especialmente cuando los dos bebían en el mismo vaso aunque él habría dado cualquier cosa por no haberla conocido. A veces se preguntaba si ese hotel no era lo más bajo donde había llegado en su vida. A su alrededor solo veía manchas de humedad en el techo, una bombilla fundida en la lámpara encima

del armario, las cortinas con figuras de animales. Permanecieron tantas horas abrazados en la cama, con el humo del cigarrillo arremolinado sobre el espejo del dormitorio. A veces se hallaba tan borracho que no le resultaba fácil transmitirle a Amelia su propio sentido de la felicidad, porque daba la impresión de preferir el ritual de la botella al amor. Ahora se había sentado en el único sillón de la habitación, Orfila mantenía la pistola en la mano y jugaba con ella mientras los ojos agrandados de Amelia lo miraban desde la cama con una tristeza empecinada. La habitación no era mucho más grande que una celda.

De pronto, renunciando a la delicada sensualidad que la caracterizaba, Amelia se había inclinado sobre la cama imitando una tensa postura de obscenidad, corcoveando como una yegua con las manos agarradas de la almohada a la vez que levantaba su enorme culo hacia su cara. Orfila vio que Amelia le restregaba su rostro sudoroso, descompuesto, como si imitara el mismo gesto sórdido que probablemente le imponía el marido.

—¿Por qué hacés eso? —le preguntó, vaciando de un trago el contenido del vaso.

—Hacer de puta es un viejo truco para sacarme de encima tanta suciedad —replicó.

Otras veces salían a caminar sin rumbo fijo. Se metían en los parques y zaguanes con olor a orinas, ella ataviada con un vestido rojo escotado y el pelo crespo

alborotado. Orfila la arrinconaba contra el tronco de un árbol. Por un momento se quedaban quietos, sin saber qué hacer, paseando la mirada por encima de los árboles. A Orfila le resultaba extraño que ella no se avergonzara de exhibirse medio desnuda en el parque, con el sostén levantado por encima de los pechos, lo que realzaba aún más la inmensidad de sus aureolas. Aunque era en la plenitud de su sonrisa, con sus grandes labios extremadamente sensuales y pintados de rojo donde él se sentía protegido. En esos instantes ella le suplicaba que guardara silencio.

Orfila había tardado en comprender los enigmas de la ciudad, esa bruma fría y crepuscular que al atardecer venía del páramo. Había advertido que esa luz plumiza parecía corromperlo todo.

De vez en cuando bajaban a beber al segundo piso del hotel, donde había un bar improvisado. Aquel lugar por lo general estaba lleno de burócratas que iban a tomar café o unas cervezas.

Era probable que el hombre con aspecto de médico que llevaba, sentado junto a la barra ante una botella de agua, no fuera de la ciudad, aunque parecía haber estado allí desde hacía muchos años.



6



En cuanto Amelia se marchaba, Orfila se disponía a ver una película o un partido de fútbol en la televisión, pensando con un dejo de ironía que podía considerarse un afortunado por haber encontrado a una mujer como Amelia a su edad.

A la hora del desayuno por lo general no tenía hambre. Tomaba varias tazas de café y leía el periódico sin levantarse de la cama. A Orfila le complacía su falta de pudor, pues apenas Amelia se quitaba la ropa se giraba sin reservas sobre sí misma, para que él admirara plenamente su desnudez. En ese momento le invadía una creciente sensación de soledad, y en realidad no era sólo soledad lo que sentía, sino algo tan indefinido como el anuncio de un dolor. Hasta que una mañana se vistió y salió del hotel.

Afuera todos caminaban con un periódico en la cabeza para protegerse de la lluvia. Deambuló a lo largo de una bulliciosa avenida por la que circulaba un tráfico infernal, observando a toda esa gente a la cual no se atrevía a mirar a los ojos. ¿Adónde iba? De nuevo era un hombre solitario que andaba por una ciudad desconocida. Al mirar a los transeúntes, su caminar lento y desgarrado, advirtió que en ellos había algo antiguo, provinciano. El olor a gasolina envolvía el aire frío de la mañana. A lo lejos distinguió una fila de escaparates de cristal esmerilado. Bajo la luz grisácea y el cielo sin brillo vio el esmoquin que le quedaba grande a un maniquí de pelo amarillento. En tanto caminaba detrás de un grupo de mujeres se sintió más seguro al escuchar durante unos segundos el tintineo desordenado de sus carcajadas.

Al otro lado de la calle había una casa pintada de verde y sintió algo familiar en el pecho. Orfila se encogió y cerró los ojos. Al divisar de cerca aquellas ventanas en forma de guillotina, creyó estar de nuevo andando por la estación de Flores en Buenos Aires, cerca de aquella casa de techo alto, en la cual había vivido con su esposa. ¿Adónde iba?, se preguntó nuevamente examinando con aire aturdido las fotos de unas tortugas pegadas al vidrio de un escaparate en una agencia de viajes. ¿Cómo no se le había ocurrido antes? De inmediato dio media vuelta y empezó a caminar en dirección al hotel ubicado cerca del parque El Ejido. Ahora todo le estaba sucediendo a otra persona, se dijo. Qué

raro estar viéndose caminar con tal determinación hacia el anticuario del marido, el cual quedaba justo detrás del hotel Colón en una calle con árboles a la que no entraba el sol. Al contemplar con aire extraviado un edificio frío y húmedo, Orfila pensó en Amelia y en sus dedos manchados de nicotina, en su actitud desvergonzada al pararse desnuda frente al espejo. Sin darse cuenta la había empezado a querer, aunque a menudo ella exhibía una mueca de odio fijada como una dolencia en la boca, lo que a Orfila le resultaba difícil de soportar.

Había acertado el camino por un pasaje y en poco más de diez minutos llegó frente a la puerta del anticuario, aunque no estaba muy claro qué iba a hacer allí. Orfila se había extenuado con la caminata. La pared de la casa estaba sucia y había un farol sin bombilla a dos pasos de la puerta. El local ocupaba toda la primera planta. Al retroceder unos pasos del cristal del escaparate vio el almacén inundado de antigüedades, con unos ángeles estirando sus alas hacia el cielo. Era extraño estar tan cerca del marido, mirando el interior de esa tienda como si atisbara dentro de un baúl empolvado. Al fin el hombre apareció medio oculto por detrás de las borlas de un tapiz colgado del techo. Orfila se dedicó exclusivamente a mirar cada rasgo de su cara. Ahora había fijado la vista en sus manos gordas, pequeñas, tan blancas como las de un muerto. El hombre limpiaba con un paño el polvo que cubría la luna de un reloj de bronce. Era probable que fuera despiadado,

pensó Orfila al ver la meticulosidad con que examinaba un cuchillo con mango de hueso y cada uno de los adornos dispuestos sobre la mesa. De pronto apartó la vista y contempló con ojos enrojecidos la calle.

En una iglesia cercana dieron las campanadas de las doce. Desde el lugar donde se encontraba, Orfila vio que el marido era pálido y tenía los ojos saltones. Era la primera vez en su vida que espiaba la actividad de un hombre. Algo sofocado percibió a sus espaldas el movimiento de los autos avanzando con lentitud bajo la lluvia. Se había agachado con disimulo para atarse los cordones de los zapatos, sintiéndose a gusto a la vez que vigilaba al marido como a un criminal.

Bajo el resplandor tenuemente violeta de la mañana, la figura del marido parecía haber aumentado de tamaño, aunque desde la calle no podía distinguir la remota expresión de sus ojos. A lo mejor tenía cara de enojo, de malhumor: la cabeza grande y una mata de pelo rizado en la nuca. Llevaba un traje de rayas del que brotaba una voluminosa barriga. El hombre se desplazaba por el local adoptando un severo porte militar. De improviso se detuvo junto a una mesa ovalada sobre la cual descansaban algunas figuras de porcelana. Entonces Orfila pegó la cara al cristal del escaparate y se fijó en que el hombre rozaba con su mano la cubierta de cuero de un libro abierto. Parecía estar muy concentrado y decidido, exhibiendo una media sonrisa como si recordara algo totalmente ajeno a lo que ocurría en la calle. Durante unos instantes, sin apartarse de la

ventana, Orfila vio que permanecía extrañamente inmóvil. Luego descubrió sus manos sujetando el borde de una silla. Tenía la cara tan blanca que se confundía con la palidez de las esculturas de porcelana colocadas junto a una alacena, con los cajones abiertos donde había manteles y servilletas bordadas.

Fue cuando le asaltó una sensación de aturdimiento. Todo había empezado con la misma pregunta de siempre. ¿Por qué había ido al anticuario? Fue como si el conocimiento anticipado de lo que podía hacerle a ese hombre hubiera aumentado su animadversión hacia él. Amelia le contó cómo la manoseaba con tal rudeza hasta desgarrarla por dentro. Y Orfila se lo imaginó cabalgándola con las botas de cuero y el casco con penachos de plumas rescatado probablemente de algún baúl del anticuario.

Fue como un espejismo evocar a Amelia en una antigua casa del centro, con la melena despeinada cubriéndole la mitad de la cara y afanándose por cumplir las instrucciones sórdidas del marido, al tiempo que miraba su calva cubierta de sudor.

Dentro del local había un bargueño incrustado de conchas con el que el hombre se tropezó al intentar acercarse a la puerta. A Orfila le pareció más corpulento de lo que era. Una niebla de color anaranjado inundaba la ciudad. Tras el cristal de la vitrina vio su cara sin ningún esfuerzo, y en sus ojos advirtió una sombra de violencia igual a la de un jinete cuando sube de un salto a un caballo. Entonces vio su papada y pensó que

quizá lo estaba observando. Orfila se volvió a preguntar qué hacía atisbando la intimidad de ese hombre, examinándolo con una especie de lupa como si fuera un insecto. De pronto el hombre se volvió invisible. Mirando a uno y otro lado de la calle, Orfila se reprochó por no haber llevado la pistola.

En el aire flotaba el aroma húmedo de la lluvia. Y Orfila siguió montando guardia un buen rato delante del escaparate, pero no habría querido ver lo que vio. Tan pronto divisó al hombre con los labios fruncidos supo lo que hasta entonces sólo había imaginado. Ahora parecía un loco tocándose la cara en un espejo. Luego se aproximó con su barriga prominente hasta la puerta del local, en tanto Orfila se alejaba a paso rápido por esa calle cada vez más bulliciosa. Lo último que vio fue su mano gorda agarrando la manija de la puerta.

De ahí se dirigió directamente al hotel. Durante el trayecto divisó basura y papeles que el viento había dispersado, y notó que la fachada del hotel estaba más deteriorada que nunca. Daba la impresión de no haber sido restaurado desde hacía muchos años. Apenas subió a la habitación, sin encender la luz se dirigió al baño, abrió con fuerza la llave del lavabo y metió la cabeza bajo el agua. Sintió frío en el cuello. Se contempló frente al espejo, con el mismo asombro con que había mirado al marido detrás del escaparate. En tanto se soltaba el botón superior de la camisa se preguntó con un ligero parpadeo, ¿por qué no había llevado la pistola? También quiso saber de quién era la imagen de ese

hombre que tanto lo intrigaba, ¿era él esa figura que lo miraba con fijeza desde el espejo? Había visto sus arrugas cruelmente marcadas sobre su cara. No sabría discernir qué fue lo que más le impresionó de su rostro. Quizá poseía el mismo gesto vacío que el marido porque el tiempo no pierde nunca una carrera. Así que se quedó paralizado. Por un instante deseó hallarse lejos de allí, y se estremeció porque en un abrir y cerrar de ojos había vuelto a revivir las tardes de lluvia pasadas con Amelia en el hotel cuando tenían todo el tiempo del mundo para ellos. Acostado sobre la cama no hacía nada más que contemplar los grandes pechos de Amelia reflejados en el espejo, deseándola con avidez bajo la luz de la tarde, sintiendo que se le aceleraba el corazón. Fue a cerrar las cortinas y apagó la luz de la mesa de noche. Antes de marcharse ella le dijo con voz suave: “Estaré siempre contigo”. Orfila bebió el último trago de whisky de lo que quedaba en la botella. Al amanecer seguía con atención los ruidos del pasillo, esperando oír los golpes secos en la puerta, como si ella estuviera a punto de entrar.

Pasó una semana. En silencio, Orfila esperaba cada día que Amelia viniera, aunque sospechaba que ya no volvería. De la calle le llegó el grito de un vendedor ambulante. Día tras día experimentó el paso del tiempo como una sucesión de vulgaridades, de recuerdos, de instantes vacíos. Apoyado contra el respaldo de la cama, bebiendo los últimos sorbos de whisky, Orfila retiraba y volvía a colocar el cargador de la pistola, la

limpiaba cuidadoso con un paño de franela mientras se sucedían los recuerdos. De los días pasados con Nelly, su esposa de origen irlandés, en la casa de Flores. Pero esa época había quedado muy atrás. Todo fue tan rápido y demoledor, pues ella había muerto con un cáncer fulminante. De nada servía que ahora pronunciara su nombre, apenas si lograba recordar el día de su muerte. Uno por uno, los amigos lo abrazaron en el cementerio, luego depositaron flores en su tumba. De pronto sintió una inesperada punzada de tristeza, porque su mente había retrocedido precipitadamente como un cangrejo hasta tocar el fondo de su vida en el hipódromo. Rememoró las mañanas de sol cuando esperaba a los jockeys. Los veía avanzar montados en sus caballos con aire severo y jovial a la vez, disfrutando el instante de la partida, aunque algunos ya llevaban sobre sus espaldas la certidumbre de la derrota.

Entre los recuerdos de Buenos Aires, el ruido de la ciudad provinciana se colaba desde la calle. De vez en cuando volvía la visión desagradable del marido. En su delirio imaginó su voz grave, burlona, cuando abrió la puerta y le dijo dándose una palmada en el muslo. “¿Todavía sigue ahí? ¿Le gustan las antigüedades?” Luego oyó a sus espaldas el sonido de la campana al cerrarse la puerta de la tienda.



En las crónicas que enviaba una de las cosas que más lo estimulaba era el hecho de poder fantasear con algunas carreras notables de la historia hípica argentina. En sus horas libres revisaba los archivos del diario, o las que había encontrado en los libros comprados en las librerías de viejo, con las fechas de las competencias, los nombres de los jinetes y el color de los caballos, porque le gustaba revivir una y otra vez aquellas carreras. Orfila pertenecía a la tradición insuperable de los cronistas hípicos del Río de la Plata. Desde la valla no sólo miraba con los prismáticos las carreras, sino que escuchaba el galope atronador de los cascos sobre la pista. Allí podía seguirlos en tanto galopaban como un huracán hacia la meta. A tra-

vés de ciertos detalles podía reconocer a un caballo ganador. En una ocasión, hacía muchos años, había escuchado el grito del jockey Silvio Antúnez en el momento de llegar a la meta: “No me dejen solo, hijos de puta, aunque esté ganando”. Con los años y la experiencia, Orfila había comprendido que escribir crónicas era igual que inyectarse una buena dosis de insulina o ver el mundo a través de los ojos de un jinete corriendo a toda carrera por la pista.



8



Orfila decidió esperar una semana antes de abandonar la ciudad. ¿Hasta cuándo?, se preguntaba. Todo estaba muy triste y apagado, pero él deambulaba con una bolsa de papas fritas en la mano. Además tenía la certeza de que algo había sucedido en algún lado, incluso le habría gustado saber lo que ocurrió entre Amelia y el marido. Sin embargo, la sensación de que ella no volvería se fue imponiendo como un hecho irreversible. En vez de trasladarse directamente al hotel decidió pasar por El Español, donde pidió un expreso doble con una empanada de pollo.

Hasta que una mañana, leyendo absorto en el comedor del hotel tomó la firme decisión de largarse. Subió a la habitación y recorrió apresurado el pasillo. Abrió la puerta, fue al baño y recogió la máquina de afeitar y los enseres de limpieza. Sacó la maleta del armario y colocó dentro de ella la poca ropa que tenía.

En el dormitorio, abrió el cajón de la mesa de noche, y vio que la pistola no estaba allí. Había desaparecido. Se quedó desconcertado. Nunca se había sentido tan angustiosamente solo. Fue cuando empezó a toser y se figuró lo peor. En algún lugar de la ciudad, mezclado con el rumor de la lluvia, le pareció oír un disparo, aquel estallido le devolvió a la soledad.

Al bajar escuchó con claridad lo que dijo la locutora en la televisión. Una mujer había disparado con una pistola a su marido, y lo había matado. Por unos segundos Orfila creyó oír el golpe sordo del cuerpo al caer en el piso, pero no se impacientó con los gritos desahogados de Amelia. Salió y consiguió escurrirse entre el gentío de la avenida hasta llegar al parque donde se puso a fumar debajo de un ciprés, del que caía unas gotas de agua. Fue incapaz de resistir un minuto más, percibió una serie de imágenes difusas hasta que de repente vio el rostro abyecto del marido tirado sobre la alfombra. Se sintió inquieto, como si estuviera frente a un escenario de horror, pero no se inmutó al imaginar la mano alargada de Amelia, sujetando la pistola con la misma resolución, el mismo gesto de odio que

cuando jugaba con ella en el hotel, y entonces pensó con una punzada en el pecho en el caballo que había tenido que sacrificar hacía muchos años en el hipódromo de Buenos Aires.

*Café Plaza Grande
Quito, septiembre de 2015*



Este libro se terminó de imprimir y encuadernar
en abril de 2025 en el PrintLab de la Universidad
del Azuay, en Cuenca del Ecuador.



Casa
Editora

Guillermo Orfila se había refugiado en el Hotel Crystal al tiempo que se preguntaba qué hacía en esa ciudad en medio de la nada. Una noche se despertó tembloroso. Sintió frío bajo las mantas y escuchó desde la cama el ruido imparable de la lluvia, golpeando contra las ramas del árbol enfrente del hotel. A su alrededor, sin abrir los ojos, percibió la oscuridad del amanecer en el dormitorio. Tal vez fue cuando oyó la voz del sueño, el galope palpitante de los caballos golpeando su corazón, con la luz apenas visible filtrándose como un enjambre de abejas hasta su conciencia.

ISBN: 978-9942-670-94-6



9 789942 670946